

VISION POETICA DE LA INFANCIA EN ANTONIO MACHADO

He recorrido atentamente la nutrida bibliografía preparada por Aurora de Albornoz para el número de la revista *La Torre*¹ dedicada a Antonio Machado y he visto también la más reciente confeccionada por el Seminario de Estudios Hispánicos, como parte de los homenajes del centenario, y ningún título me ha sugerido directamente el estudio del tema de la infancia en su poesía. Me resulta muy llamativo, pues lo considero uno de los temas más importantes, que se destaca con la simple lectura, sin mediar el análisis escudriñador. Un tema íntimamente relacionado con otros fundamentales de su poesía, como la soledad, el recuerdo, el tiempo, la naturaleza, el mundo objetivo de la realidad temporera, y el otro de las formas, abstracto, eterno y universal de las ideas y sentimientos.

Para Antonio Machado, tan buen caminante como cantor de los caminos—de la geografía, del arte y de la metafísica— el viaje a la infancia resulta uno de los más atractivos; es uno de los más frecuentados. Pero no lo realiza por vanidad narcisista, por complejos o inseguridades, ni por un sentimentalismo fácil o enfermizo. Lo veo más bien como una forma del examen de sí mismo y como llegada o resultado del conocimiento del hombre que tanto interés representa siempre para su búsqueda filosófica y poética.

Era Antonio Machado un hombre introspectivo, amigo de lecturas y caminatas, y en esa condición, en esa recepción de soledades, creo que está una de las claves para entender el reiterado camino hacia los primeros años. Del interior, de “la honda palpitación del espíritu”, según sus palabras; “de lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia”, nace la poesía. Era convicción suya que “el hombre puede sorprender algunas palabras de un íntimo monólogo, distinguiendo la voz viva de los ecos inertes; que puede también, mirando hacia dentro, vislumbrar las ideas cordiales, los universales del sentimiento”.²

Por este camino de introspección el poeta indaga en “la corriente de la vida, cargada de realidades virtuales que acaso no llegan a actualizarse, pero

¹ Aurora de Albornoz, “Bibliografía de Antonio Machado”, *Homenaje a Antonio Machado, La Torre*, Universidad de Puerto Rico, 1964, XII, 45-46, p. 505-553.

² Antonio Machado, *Poesías completas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, 13a edición, 300 p. Todas las citas del autor las he tomado de esta edición. En adelante señalo las páginas entre paréntesis.

que sentimos como infinitamente posibles” (p.16) Ahí está el alma de ayer con la viveza de algunos sueños que actualizan el pasado, ahí puede surgir con sorpresa “el haz de flechas que no recordábamos haber disparado y que han debido caérsenos por el camino”. (*Ibid.*)

Me llama mucho la atención que en la noticia autobiográfica de 1917 lo que el poeta pone más en relieve es la información sobre el nacimiento y la infancia:

Nací en Sevilla una noche de julio de 1875, en el célebre palacio de las Dueñas, sito en la calle del mismo nombre.

Mis recuerdos de la ciudad natal son todos infantiles, porque a los ocho años pasé a Madrid, donde mis padres se trasladaron, y me eduqué en la Institución Libre de Enseñanza. A sus maestros guardo vivo afecto y profunda gratitud. Mi adolescencia y juventud son madrileñas. (p. 15)

La vida de Antonio Machado, al igual que su obra, está marcada por la sencillez. No cuenta con grandes acontecimientos. Nunca pretendió vivir a lo heroico, ni atraer la atención pública sobre sí mismo, ni mucho menos pasar por personaje novelesco. Los mismos rasgos de su poesía —seriedad, transparencia, exactitud— son los que conforman su existencia. Si la historia exterior de su niñez fuese dolorosa o trágica, los críticos la habrían manoseado y pulverizado con las más variadas interpretaciones psicológicas o sociológicas. Pero carece de patetismo, y esa ausencia de datos dramáticos y negativos ennoblece más el tema. Con su estudio entramos en el ámbito del misterio, campo acotado para la poesía. El lo ha dicho simplemente:

Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
dentro del alma, en turbio
y mago sol envuelto. (p.61)

Si alguna vez hace referencia a circunstancias exteriores, como en la escena escolar, en la que los niños van cantando a coro la lección (*Poesías completas*, V), este procedimiento es la excepción. En su poesía carece de importancia la existencia histórica. El contenido cronológico objetivo es escaso. Lo que importa es el recuerdo, la evocación, la expresión subjetiva de la nostalgia o la melancolía. Lo realmente importante es la sugestión poética. El recuerdo se convierte en razón de ser, pero cumple también funciones ancilares como vehículo de emotividad, como objeto de relación con el mundo circundante, como nexo entre el pasado y el presente y como medio integrador. El recuerdo transmuta todos los datos; las breves referencias biográficas son interpretadas como vivencias, connotaciones existenciales. Todo, iluminado por el recuerdo, y aún mejor, penetrado y expresado por él. Las anotaciones sobre el paisaje, procedimiento tan usual en Antonio Machado para expresar la emoción y la nominación de las cosas cotidianas y familiares —también uno de sus frecuentados recursos—, todo lo que

constituye el mundo exterior y temporal, vale sólo como reflejo del paisaje íntimo, como formas expresivas de sus emociones.

Las explicaciones del autor acerca de este punto resultan muy explícitas y los textos poéticos confirmatorios, muy claros también y abundantes.

En un comentario a las rimas eróticas de su alter ego Abel Martín, identifica al tiempo (su vida, en este caso) con el recuerdo transparente y absorbedor:

El tiempo que la barba me platea,
clavó mis ojos y agrandó mi frente,
va siendo en mí recuerdo transparente
y mientras más al fondo, más clarea. (p. 234)

Para Machado el poeta es quien agudiza el diálogo con el tiempo, con *su* tiempo y consigo mismo:

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía. (p. 77)

La poesía es el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo, pero eternizándolo, sacándolo fuera del tiempo. El poeta rescata el ser de la apariencia que lo envuelve; lo levanta con sus creencias, todo raíces y asombros. Coincide con Unamuno en que la vida puede ser una creación literaria, pero no la ve novelescamente, sino como poema. Define la poesía —con palabras de Juan de Mairena— como una búsqueda de lo real esencial y no de la realidad relativa; como un objeto trascendente de una experiencia *suigéneris*; como un acto vidente de una realidad absoluta. Por eso afirma que hay que partir de lo imaginado, de lo apócrifo, nunca de lo real. Por eso define su infancia no por los hechos sino como recuerdo:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero. . .(p. 76)

José Luis Cano dice que en Sevilla tenían jardín, con el perfume del jazmín y el azahar, de la albahaca y la yerbabuena, atardeceres sedosos, lentos cantos de los pájaros; la frase flechera de la calle, la canción del tiempo en la fuente dormida del patio.³

Su padre, don Antonio Machado Alvarez, notable folklorista, era administrador del duque de Alba, y por eso el futuro poeta vivió en “el célebre palacio de Dueñas” hasta los ocho años.

En Madrid Antonio se identifica con el nuevo ambiente, mas sin perder el

³ José Luis Cano, “Antonio Machado estudiante”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 1968, LXXIV, 222, p. 642.

arraigo con el escenario andaluz de la infancia que, como dice don Federico de Onís, ha de quedar en él muy vivamente por “ser hombre solitario y reconcentrado, constantemente replegado sobre sí mismo, de profundas raíces espirituales, en quien el recuerdo es la emoción dominante y que se caracteriza por llevar junto a su aire meditativo y viejo una perenne infantilidad.”⁴

En la Institución parece que era más soñador que estudioso. Cano interpreta que soñaba en el patio de Sevilla donde empezó a jugar con su hermano Manuel, o en la calle llena de luz y de pájaros, donde se asomó por primera vez al mundo. Y también en los héroes griegos de quienes le hablaba algún profesor de la Institución.

Añade el citado crítico que en aquellos años, en el amplio cuarto sombrío de la casa madrileña, después de cenar, escuchaban la lectura del padre o de la abuela: novelas de Dickens, dramas de Shakespeare, las rimas del Bécquer que eran las preferidas de la abuela y del padre.⁵

El resto de su vida cabe en unos pocos datos, en “algunos casos que recordar no quiero”, como dice el poeta en su retrato de 1912. Lo sabemos esencialmente bueno, libre de ambiciones y vanidades, dueño de una obra breve y ejemplar.

Definida la infancia por el propio poeta como recuerdo, es fácil observar que toda la emoción provocada por ella gira en torno al recuerdo y es fruto de la dinámica rememorativa. Algunos versos son tan explícitos que no requieren comentario:

Algunos lienzos del recuerdo tienen
luz de jardín y soledad de campo;
la placidez del sueño
en el paisaje familiar solado.
Otros guardan las fiestas
de días aún lejanos
figurillas sutiles
que pone un titirero en su retablo. . .(p.41)

Por el recuerdo surgen los versos y por la relectura de éstos pueden otra vez en circulo estrecho despertarse los recuerdos y orientar al poeta hacia el misterio y las lejanías del alma:

Leyendo un claro día
mis bien amados versos,
he visto en el profundo
espejo de mis sueños
que una verdad divina
temblando está de miedo,

⁴ Federico de Onís, “Antonio Machado”, *La Torre*, ut supra, p. 14.

⁵ Cano, *Op. cit.*, p. 647.

tumulto de los pequeños colegiales que al salir en desorden de la escuela llenan el aire con la algazara de sus voces nuevas:

¡Alegría infantil en los rincones
de las ciudades muertas! . . .
¡Y algo nuestro de ayer, que todavía
vemos vagar por estas calles viejas! (p. 25)

Interpreto el poema LXXVIII como una forma de monólogo, con preguntas reflexivas, flechas sin vuelo que se quedan prendidas a la propia carne. Los cuatro primeros versos tienen una clara referencia a la infancia, con expresión de fuerte angustia:

¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hábitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero? . . . (p. 68)

Sobrecargado de añoranza veo también el final de "Pegasos, lindos pegasos" (p. 74) y aunque "Coplas mundanas" lloran la pérdida de la juventud, le veo muchos elementos comunes al llanto por la infancia:

Y hoy miro a las galerías
del recuerdo, para hacer
aleluyas de elegías
desconsoladas de ayer. (p. 75)

El tema de la infancia está más destacado en los primeros libros de Antonio Machado, en la obra anterior a *Campos de Castilla*, de 1912. Donde revela mayor importancia es en *Galerías*, pues de treinta y cinco composiciones, más de la tercera parte, contienen alguna evocación de los primeros años o conllevan un sentimiento elegíaco por ellos.

Si la inmersión en el tiempo lejano y su confrontación con un momento más reciente ha ayudado a los escritores a adquirir más clara conciencia del ser temporal, a Antonio Machado, la incursión en la infancia le permite, además, pensar su vida como expresión de poesía, una poesía que nos impresiona como auténtica porque se integra a su búsqueda de la verdad.

Manuel de la Puebla